

Acciones y movimientos sociales aportes para una discusión colectiva

Alicia Saldívar Garduño
Homero Rodolfo Saltalamacchia
Coordinadores

ciencias
sociales



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Iztapalapa

MAPorrúa
librero-editor • México

Acciones y movimientos sociales aportes para una discusión colectiva

Alicia Saidívar Garduño
Homero Rodolfo Saltalamacchia
Coordinadores


Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Iztapalapa


MAPorrúa
El tiempo es el tiempo • México

México

2014

Índice

INTRODUCCIÓN	
<i>Homero Rodolfo Saltalamacchia</i>	5
Capítulo 1	
ACCIÓN COLECTIVA Y MOVIMIENTOS SOCIALES: UNA REVISIÓN TEÓRICA	
<i>Clara Inés Charry</i>	13
Introducción.....	13
La sociología clásica	18
La aproximación estructural-funcionalista	23
Producciones más recientes	34
Prácticas que emergen: el desafío, la incertidumbre y la solidaridad.....	42
Fuentes consultadas.....	46
Capítulo 2	
EL SENTIDO DE LA ACCIÓN COLECTIVA: LA CONSTRUCCIÓN DEL NOSOTROS	
<i>Angélica Bautista López</i>	
<i>Gustavo Martínez Tejeda</i>	49
Introducción.....	49
Conclusiones	62
Fuentes consultadas.....	63
Capítulo 3	
PODER E IDENTIDADES EN MOVIMIENTO: RELACIONES DE FUERZAS Y MOVIMIENTOS SOCIALES	
<i>Homero Rodolfo Saltalamacchia</i>	65
Introducción.....	65
El campo como sistema.....	67

El sentido de la acción colectiva: la construcción del nosotros

Angélica Bautista López*
Gustavo Martínez Tejeda**

INTRODUCCIÓN

Un elemento fundamental en el estudio de la acción colectiva lo representa la racionalidad del actor. Se ha propuesto, desde diversas disciplinas, que son los objetivos, que necesariamente se expresan en cursos de acciones prefiguradas —de ahí la cualidad racional del término— los que permiten que las acciones emprendidas por más de una persona, sean acciones colectivas (Elster, 1995). Sin embargo, es dicha cualidad racional la que es requerida como premisa, la que es cuestionada en el presente trabajo, debido a que, para que una acción sea resultante de un objetivo predefinido por un grupo de personas, es requisito indispensable que cada persona haya decidido actuar, a partir de un posicionamiento personal, en torno al objetivo planteado. Esto, en el caso de la expresión de un colectivo, no es así. Lo colectivo es visto en el presente trabajo, desde una óptica no individual y, por supuesto, no intraindividual.¹

El quid de este asunto lo representa el apellido del término. Hablar de acción colectiva es hablar de la acción de los colectivos. Los colectivos logran objetivos, sí, pero ello sólo es apreciable a la luz de los análisis que se realizan *a posteriori* de lo acontecido. Implicar que es acción colectiva, tal como lo estudia la teoría de la elección racional (Elster, 1995), la resultante de un movimiento social, es hipostasiar la actuación de un colectivo objetivado

*Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

**Universidad Pedagógica Nacional.

¹*Hablar de la decisión de las personas remite necesariamente a procesos mediacionales que ocurren en algún lugar interno a los sujetos, generalmente la mente. Se trata de una de las premisas que se cuestiona en el presente texto.*

en un movimiento social concreto, sin considerar las características ampliamente estudiadas sobre estos últimos (Funes, 2004). Los movimientos sociales son expresiones de una fuerza colectiva no racional, que alcanzan logros que trascienden a las personas que en un momento histórico, abrazaron una causa (Bouthoul, 1974). Individualmente, los participantes de un movimiento social expresan su desaliento, después de pasada la euforia, porque los logros alcanzados son difíciles de traducir, a lo concreto de la vida práctica de los hombres. Y sin embargo, la transformación social, como gran logro de los colectivos ocurre (Halbwachs, 1925).

Hablar de acción colectiva no es referirse a la acción ejecutada por varias personas, al mismo tiempo. Esto no significa que dicho hecho no pueda ser una acción colectiva, en muchos casos así es. Sin embargo, también diferentes acciones, ejecutadas por diversas personas pueden ser la expresión de una acción colectiva. Nos referimos a que la cualidad que la delimita trasciende la expresión comportamental de la misma. Lo que hace que un hecho sea una acción colectiva se ubica en el plano intersubjetivo. Esto es, un colectivo expresándose, manifiesta un sentido. Éste puede ser un sentido de proyección a futuro, o simplemente un sentido de *ser*. Se propone en el presente trabajo abordar la dimensión intersubjetiva de la acción colectiva, con la intención de plantear una argumentación conceptual que permita su perfilamiento, en una visión procesual de la dinámica social. Se trata del reconocimiento de un sentido de comunalidad, de un *nosotros*, que se expresa en la vida cotidiana y que puede verse en acciones que reúnen a miles de personas o a unas cuantas. Incluso acciones que se reiteran en el tiempo, a veces en periodos de larga duración (Sloterdijk, 2002). El interés último estriba en marcar distancia con visiones que constriñen el concepto de acción colectiva a una expresión pública y masiva de comportamientos individuales.

La acción colectiva ha sido propuesta por los teóricos, como una expresión masiva manifiesta. Sin embargo, los integrantes de todo movimiento social son personas (Le Bon, 1904, 1912). El paso de un estado individuo a otro estado masa, se propone como una suerte de transmutación, que obnubila lo racional y hace emerger a la bestia que todos llevan dentro. No hay tal. Se trata de un viejo tema no resuelto. La distinción racional-irracional, con profundas raíces en el pensamiento occidental es una falsa distinción. Cuando pensamos, sentimos y cuando sentimos, pensamos. Siempre,

en todas las circunstancias de la vida. En lo privado las personas hacen lo que no entienden, en la misma medida que, en lo público entienden lo que hacen, aunque no puedan expresarlo con palabras. Así, para hablar de un sentido de comunalidad que se expresa en todos los niveles y en todos los planos de la vida social, es necesario iniciar por el escenario de la vida de las personas, el de su vida cotidiana.

Vida cotidiana

La noción de vida cotidiana ha sido empleada por teóricos desde diferentes perspectivas, para referirse a la dimensión de la vida concreta de las personas, cuya esencia básica es la repetición continuada de las acciones. Se trata del espacio de vida de cualquier persona, que la lleva del nacimiento a la muerte. Se trata del espacio de significación que hace que esa persona, que nació un día, transite por su tiempo de vida, con más o menos pretensiones, con más o menos posibilidades, hasta que la vida se le agote. Es un espacio y tiempo que puede ser más largo de lo que dice su cronología y más rápido de lo que dice el reloj. Es un espacio-tiempo —no el de Einstein por supuesto, otro— que tiene como cualidad única el ser un espacio simbólico.

La rutina, esa secuencia de acciones repetidas *ad infinitum*, que no hasta que la muerte nos alcance, es justamente lo cotidiano de la vida. Desde una primera mirada, esa rutina es perfecta, siempre lo mismo, a la misma hora y con la misma gente, aunque lo mismo sea, más o menos igual, más o menos diferente; la misma hora sea por la mañana o por la noche y la misma gente haya cambiado de apariencia, de edad o hasta de nombre. Se trata de una supuesta estructuración del mundo en la que sabemos qué pasa cuando hacemos lo que sí y lo que no. Así, la rutina de la vida cotidiana es en realidad la expresión de todos y cada uno de los acuerdos que una sociedad ha realizado, para darse un sentido de existencia. Los seres humanos tenemos una existencia mundana de cierta duración: larga dicen algunos confiados en la tecnología médica; corta dicen otros, aspirantes a la inmortalidad. De tamaño justo para la pervivencia de una forma de vida creída, sentida y vivida, más allá de la vida de un mortal. Cabe aclarar que si la tal vida cotidiana es creída, vivida y sentida, lo es justamente para un colectivo que en esos sentidos ancla su identidad, aunque

para otros sea una vida cotidiana desdeñable. Es importante la certeza que la vida cotidiana otorga al día a día de los grupos y las personas, y en eso estriba su sentido, aunque visto desde otro lugar, se trate de una vida que pueda ser calificada de sucia, absurda o degradante (Heller, 1988).

El sentido de lo cotidiano se ubica en la rutina, en tanto que la repetición hace evidente que las ideas o prejuicios, las creencias que sustentan que el mundo es como es, y por ende que esto que hacemos es requerido de ser hecho, están aún ahí, en el centro mismo de la certeza de lo que ese grupo humano es. Es por ello que lo cotidiano se ubica en las prácticas sociales. Lo que se hace rutinariamente es una práctica social. Y el hacerlo una y otra, y otra vez sólo es posible en tanto que la certeza en la creencia de donde emana, permanece con nosotros. La vida cotidiana es una manera de hacer y de vivir que es vista como cierta, como necesaria, como obvia, debido a que se sustenta en creencias y en valores. Efectivamente, son esas creencias y esos valores los que se editan y reeditan. Entonces, las prácticas sociales son vida cotidiana que expresa un sentido identitario emanado de diversas cosmovisiones o pensamientos sociales, que contienen, en su esencia, creencias de larga duración. Si “las estructuras mentales, las creencias y las costumbres son procesos de larga duración” (Escalante y Gonzalbo, 2010: 14), su expresión en la vida concreta de los grupos y las comunidades también lo es.

Identidad colectiva: procesos constituyentes de unos y otros

Sociólogos e historiadores presuponen que detrás de las prácticas sociales se ubican elementos estructurales que determinan ese actuar. En la siguiente cita se puede apreciar esta tan difundida manera de ver lo que aquí interesa.

...El conjunto de ideas que un pueblo tiene de sí mismo y de su mundo, de su propia identidad y de su entorno, están en relación con las estructuras sociales y, por tanto, que las formas de comportamiento individual están predeterminadas por prejuicios y valores ya asimilados. Esto no equivale a una interpretación estructuralista, según la cual cada una de las partes corresponde exclusiva y necesariamente a un todo, sino que destaca el hecho de que las costumbres han de ser peculiares según el conjunto de creencias y rutinas propias del universo cultural de cada individuo (Escalante y Gonzalbo, 2010: 27).

Se trata de un planteamiento que supone una base colectiva para las acciones de las personas, que antecede su actuar. Desde nuestro punto de vista, el espacio de constitución de los sentidos sociales y los contenidos de tales sentidos sociales pueden ser tratados pedagógicamente como separados, pero son efectivamente la misma cosa. Cabe aquí una aclaración: no estamos refiriéndonos a la persona que juzga sus acciones, cuando es interrogada sobre ¿por qué hizo lo que hizo?, porque en este enmarcamiento obtendremos retazos de sentido común, salpicados de deseabilidad social, cultura y conocimiento vulgarizado. La vida cotidiana sólo puede ser estudiada desde las prácticas cotidianas. Hablamos de las personas, sí, pero de las personas en su actuar cotidiano. A lo que hablan las personas, sí, pero a lo que hablan cuando conversan, a la práctica pues. En el ser siendo, es en donde se ubican los sentidos colectivos, que aposentados en las personas dotan de sentido a lo que hacen, a lo que no hacen y a lo que sueñan con hacer.

La acción colectiva como expresión de los públicos

Existe la tendencia de buscar explicaciones a la vida presente mirando hacia ella misma. Generalmente lo que acontece hoy es apreciado desde el mismo sitio. Al hacer esto el análisis se diluye en descripciones de la realidad actual. Es ésta una de las razones por las que se llega a plantear que la realidad contemporánea es de difícil comprensión. Se trata de un propósito de comprensión del presente, desde el presente mismo. Esto sucede aun cuando en los análisis se puedan incluir datos de otras épocas. El estudioso que cae en este error asume que lo que se manifiesta es siempre único, pese a que su reflexión la extiende y generalice a *todas las personas*. Se hipostasia la *realidad* analizada, encerrándola en un solo horizonte de comprensión. Desde esta perspectiva una descripción de la realidad actual, desde su actualidad, no permite la comprensión de la misma. Comprender es lograr una explicación holística de la realidad que permita la argumentación procesual. Cabe aclarar que ésta no es una apuesta a la develación de la causalidad social. La comprensión que aquí se busca no es lineal y no es consecuencia de un pasado. Se argumenta, por ejemplo, que la realidad del siglo actual es muy distante a la realidad de los habitantes de los albores del siglo XX. Esto es así porque la apariencia de ambos momen-

tos de la vida social es divergente. La dinámica social muestra un ropaje distinto, dependiendo de la época (Lorenzo, 2004).

No obstante, explicar o interpretar el presente requiere de elementos que trasciendan la visión fenoménica. Pasar de la descripción de un fenómeno al análisis de la realidad implica, necesariamente, la reflexión sobre los procesos que le constituyen. Si la intención es la de analizar la dinámica social actual, siendo que se parte del presente mismo, la descripción de los contenidos inmediatos obnubilará la mirada y saturará las argumentaciones, obstaculizando con ello la posibilidad de un análisis verosímil. Más allá de la apariencia del presente, la dinámica social cuenta con un sentido y una lógica que devienen de un proceso de construcción y reconstrucción constante.

La posibilidad de trascender la descripción de la dinámica social, se ubica justamente en el análisis y la reflexión sobre un proceso en particular: el proceso de transformación cultural. Lo que compartimos hoy es y ha sido construido procesualmente. Se trata de una transformación que realizan los colectivos. Dicha transformación se manifiesta en acciones colectivas que emprenden personas. Estas acciones colectivas emprendidas por personas son objetivaciones de las lógicas interpretativas de los colectivos a los que pertenecen.

Para aclarar, el actor social que aquí se propone es el *público*. En realidad se trata de los *públicos*, dado que en ellos coexisten diferentes marcos interpretativos y cosmovisiones que remiten a lógicas distintas presentes en la relacionalidad humana. Desde el planteamiento de los *nuevos movimientos sociales*, la presencia de posturas divergentes en la manera de valorar la vida social, remite a la manifestación de lo *progresista* y lo *conservador* (Lorenzo, 2004). Esta forma de referirse a las posturas divergentes o a las lógicas interpretativas puede no ser del todo adecuada, porque a quienes se puede denominar progresistas y conservadores son a las personas.

Para esta perspectiva, lo que se disputa puede ser objetivado por ciertas personas en un momento y por otras en el siguiente. Si bien pudiéramos hablar de lógicas interpretativas progresistas y lógicas interpretativas conservadoras, es importante aclarar que no se trata de argumentos estáticos, sino de cosmovisiones en continuo proceso de transformación. En realidad se trata de diferentes *públicos* que a lo largo del tiempo, son convocados por múltiples disputas y comparten en su interior, una afectividad colectiva.

La categoría *público* remite, generalmente, a un grupo de personas que observan, escuchan o siguen algo. Esto significa que la primera explicación supone que un público es convocado por algo: una idea, un personaje, un equipo. Esto es así, porque los públicos se manifiestan en el día a día, a favor de algo o de alguien. No obstante, lo que para el presente trabajo significa la categoría público es la concreción de un colectivo, inserto en el proceso de transformación cultural. En este caso se plantea que un público no es convocado, sino convocante. Para este trabajo un público es tanto líder como seguidor. No requiere de llamados externos, porque lo que lo convoca es la disputa, al interior del mismo público.

Cuando un grupo de personas conversan y comparten un marco interpretativo, objetivan al público del que emanan. Pero lo importante no es sólo que un público convoque y sea convocado por algo, *un centro*. Un público surge y se distingue por oposición a algo.

En el eje de la dinámica social que aquí interesa, se ubica el conflicto social. Las disputas simbólicas de la sociedad, de los colectivos, son la edición y reedición de un conflicto (Funes, 2011). Un público entonces surge porque defiende y argumenta en oposición a otro marco interpretativo. Un público existe, siempre, porque se opone a otro. Así también, en la acepción más coloquial del término, los seguidores de un equipo deportivo, de un actor, de un político, no constituirían un público si no existieran los oponentes.

En el centro de la disputa se ubican la discusión, la polémica, la controversia. Los seres sociales discuten y confrontan puntos de vista, afectos y pasiones, por medio de la conversación cotidiana. En ésta se ubica el eje de la acción colectiva. Un público cuenta con un plan de acción claro: conversar y volver a conversar lo conversado (Fernández, 1994).

Pero esta acción continuada de la que todos somos actores, no tiene una consecuencia anotada en el plan de acción. Cuando conversamos buscamos constatar que la polémica y la disputa siguen ahí. De hecho lo que los públicos buscan dirimir no es si la pertenencia identitaria a un público es la mejor o la más sensata. Lo que se busca es nutrir la cosmovisión propia, la del propio público, el nosotros. Lo que se discute es el marco interpretativo del público, sus creencias, su pensamiento y su afectividad, todos ellos colectivos.

Los datos que constatan la afirmación de que los públicos están impedidos a manifestarse son abrumadores. Los seres sociales abordan temas

varios, en cualquier tipo de reunión, con la finalidad única de discurrir y de expresar los contenidos esenciales de su ser público. Pero la explicación es más compleja. Los públicos se ven impelidos a manifestarse porque la disputa se ubica en torno a contenidos esenciales para la vida social.

Lo anterior implica que los seres sociales que constituyen un público están insertos en el proceso de construcción de una cosmovisión. En esa condición, la construcción sólo es posible por la vía comunicativa, porque la disputa no es sólo con la otra cosmovisión (la del público oponente) sino al interior del mismo público. La esencia del público se amplía y se constriñe acotando lo que en realidad se disputa. En este caso se trata de principios, convicciones, valores, creencias que a su vez se objetivan en formas de relación, prácticas y acciones colectivas, etcétera. Un público busca la disputa para mantener el proceso de construcción al interior de sí mismo.

Las cosmovisiones son el andamiaje simbólico de lo que se denomina estilos de vida. Los estilos de vida muestran una consistencia interpretativa en los públicos, aun y cuando se manifiesten en diversas situaciones. Es por ello que la singularidad de un estilo de vida refiere a un público y la falta de singularidad del estilo de vida de un público hablaría de su no existencia (como público) y por ende, de su volatilidad.

Es por ello que en el terreno de los estilos de vida se ubica la evidencia de la transformación cultural. La propuesta es considerar a los estilos de vida como la concreción de la vida cotidiana, y por ello analizarlos minuciosamente para que refieran la manera particular de relación social que establecen las personas, en tanto que limitan conceptual y metodológicamente el sistema de creencias y la lógica interpretativa del público del que se trate.

En este punto es muy importante distinguir lo que aquí se entiende como público. La expresión de muchas individualidades, que responden a una moda, por ejemplo, no es un público. Un público puede estar apersonado en un colectivo concreto, con seres sociales, de carne y hueso, en un momento histórico determinado. Pero eso es sólo una objetivación del mismo. Su expresión objetivada puede hacerse presente en las familias, en las escuelas, en los centros laborales, en las reuniones de café, en las calles, en las manifestaciones de protesta y en cualquier otra expresión, en la que se defiendan puntos de vista, ideas y afectos, en contraposición a otros.

La lógica interpretativa del público se hace presente, entonces, en momentos históricos concretos. En ocasiones es más visible, en otras menos. Lo importante aquí es que existe una disputa que se expresa en el día a día. Pero además, esa expresión corpórea de un público es sólo su objetivación. El proceso es de largo aliento (Bouthoul, 1971), lo que implica que el público es una entidad social de corte simbólico que se aposenta en unos seres sociales, en un momento histórico, para aparecer en otro momento, objetivado en otras personas. Esto porque lo que delimita a un público es la cosmovisión, esto es, la posición que se tiene en torno a lo que se disputa y las razones profundas, colectivas que dan sentido a tal posición.

El planteamiento es que hay tantos públicos como lógicas de interpretación que se hayan gestado en la dinámica colectiva. Esto implica que los públicos aquí mencionados son pocos y no están delimitados por variables sociodemográficas. Tampoco responden a condicionantes estacionales. Esto porque su surgimiento y permanencia no está referida a los contenidos volátiles de la inmediatez temporal. El surgimiento y la permanencia de un público manifiesta el surgimiento y la permanencia de una tradición cultural.

¿Qué distingue a un público de otro? Evidentemente se trata de cosmovisiones diferentes. Se trata entonces de lógicas interpretativas que en su interior construyen contenidos de interpretación divergentes. Cuando un público se pronuncia, lo hace con una lógica interpretativa en particular. Lo hace para reconstituirse al reinterpretar su existir y delinear sus futuros posibles. Esto no siempre tiene la apariencia de un movimiento social. Sólo en ciertos momentos de la historia se expresa de esta manera.

Las razones por las que un público tome la expresión de un movimiento social son diversas. Sin embargo, lo que está en la base de un movimiento social es el hecho de que, la disputa que los públicos mantienen en la cotidianidad, alcanza otra esfera. Cuando la disputa se muestra en el terreno político, el conflicto social de siempre, puede tener cierta caracterización que permite que las posturas y los marcos interpretativos de los públicos, alcancen la esfera de la opinión pública.

Los medios de comunicación vislumbran aquello que le importa a la sociedad, no porque realmente lo alcancen a develar, sino porque la disputa

política se ubica en el terreno de la disputa simbólica. Se dice que la pieza clave para que un movimiento social exista es la capacidad de un grupo de organizarse y de generar un plan programático (Lorenzo, 2004). Esto es evidente porque la disputa que alcanza este tipo de expresión no es toda disputa simbólica, así como no todo conflicto social da origen a una expresión de rebeldía. Lo fundamental en el surgimiento de un movimiento social se ubica en la oportunidad política, que permite que los rebeldes asuman una expectativa de éxito (Lorenzo, 2004).

Tal como nos indica Tarrow (1997), la clave para identificar el surgimiento de un movimiento social se ubica en la presencia de una oportunidad política. “La gente se suma a los movimientos sociales como respuesta a las oportunidades políticas, y a continuación crea otras nuevas a través de la acción colectiva” (Tarrow, 1997: 49). Pero además, esta oportunidad política es de tal importancia, que al no presentarse las disputas, por muy importantes que sean, no se expresarán en la forma de un movimiento social: “Si son las oportunidades políticas las que traducen el movimiento en potencia en movilización, incluso grupos con demandas moderadas y escasos recursos internos pueden llegar a ponerse en movimiento, mientras que los que tienen agravios profundos y abundantes recursos —pero carecen de oportunidades— pueden no llegar a hacerlo” (Tarrow, 1997: 49).

Sin embargo, cuando hablamos de un movimiento cultural estamos en otro terreno. Los movimientos culturales no requieren de una oportunidad política, porque su espacio de acción se ubica en la vida cotidiana. Un movimiento cultural puede expresarse, en un momento histórico, con la apariencia de un movimiento social. El descontento encuentra su cauce y se expresa. En ese caso sigue el curso de un movimiento social.

Durante este periodo la polémica y las disputas de los oponentes logran aglutinar en su entorno ideas y personas. Lo que en realidad sucede es que la disputa cotidiana se nutre de contenidos proveniente de la esfera de la política. No es que la vida cotidiana se politice, porque lo político está de suyo en la vida cotidiana. Es sólo que otros contenidos específicos están permitiendo el dirimir las disputas simbólicas. Al final el movimiento social puede tener cualquier camino.

El resultado de un movimiento social no es relevante en este planteamiento, porque el propósito del mismo es justamente la exacerbación de las disputas y la reconstitución de los contenidos y valores en pugna. Esto

implica que la transformación cultural es un proceso que ocurre entre los públicos y cuyo curso puede atravesar desde la vida cotidiana, a conductas colectivas y manifestaciones de protesta, hasta movimientos sociales, todas estas acciones colectivas.

Lo que un movimiento social permite, en el terreno de la transformación cultural es nutrir la lógica interpretativa de los públicos, con contenidos, símbolos e ideas que reconstituyen la esencia de cada público. Esto se debe a que la disputa entre los públicos es siempre comunicativa y tendiente al mutuo trastocamiento de sus creencias. Las lógicas interpretativas se ven sacudidas vía la influencia social. En este sentido se propone que la transformación cultural es el proceso que permite que la dinámica social actúe.

El planteamiento aquí expuesto supone la coexistencia de lógicas interpretativas diversas, no sólo en un mismo espacio y tiempo, sino a lo largo de la historia de la dinámica social. Vale la pena puntualizar que la coexistencia de estas lógicas interpretativas también puede ocurrir en las personas. Para esquematizar, en una primera dimensión encontramos las disputas cotidianas, que nutren la vida social y se expresan en la comunicación cotidiana. Cuando se polemiza, cuando se toma postura, cuando se discute, las lógicas interpretativas se hacen presentes. Pero es en el terreno de las objetivaciones culturales en el que se pueden apreciar las manifestaciones del proceso de transformación cultural.

Una práctica cultural cualquiera, muestra de manera clara una segunda dimensión. Podemos ubicar cualquier intercambio cotidiano en el que se aprecie una disputa, como una discusión entre padres e hijos, o una confrontación de fuerzas entre una pareja. La forma de relacionarse y los contenidos de la relación muestran prácticas culturales que han cambiado en el tiempo.

La dinámica social se ha trastocado de una generación a otra. La defensa de los derechos o de la libertad de expresión es un ejemplo de esto. Es posible que aquellos que defienden su derecho a expresar un punto de vista diferente (el hijo frente al padre, por ejemplo), no comprendan que están objetivando una práctica cultural y que están siendo depositarios de los contenidos de un público. La reflexión sobre esto corresponde a una tercera dimensión.

En este caso lo que para algunos es inmanente, es en realidad una práctica cultural construida, que además, no es compartida por algunos

otros. En este caso se ubica una disputa intersubjetiva que se hace presente en los medios masivos de comunicación, en el interés de los científicos sociales y en las discusiones de las instituciones políticas y sociales.

Este proceso completo es el que aquí denominó el movimiento social de los públicos. El curso que sigue este proceso, entonces, parte de la cotidianidad, en donde la dinámica social discute cosmovisiones claramente delimitadas. Los públicos en este caso dialogan y discuten para mantener nutrido el mundo simbólico de tales cosmovisiones. En este punto no hay evidencia alguna de la transformación cultural.

En un segundo momento, las disputas de la vida cotidiana pueden confrontarse con propuestas alternativas. Prácticas culturales poco comunes que, al paso del tiempo han logrado mayor espacio en la reflexión y la discusión del colectivo, se aparecen a los públicos y nuevamente en el plano de lo cotidiano, confrontan a las personas. Esto sucede, por supuesto, en torno a temas fundamentales para la sociedad. La relacionalidad humana discurre en confrontaciones entre prácticas culturales provenientes de públicos diversos.

Esta conflictiva simbólica se inserta en la atmósfera comunicativa, magnificando su presencia. Aquí se propone que no sólo los medios de comunicación magnifican los contenidos y las valoraciones, al actuar como formadores de opinión pública. De hecho, antes de que esto suceda se puede encontrar que el proceso aquí tratado, exagera los intereses en torno a un tema. Generalmente se plantea que cuando los medios de comunicación prestan atención a un tema, es porque el tema ha ingresado a la opinión pública. En este caso, los medios magnifican esa presencia formando opinión. La propuesta aquí va en otro sentido. El proceso de transformación cultural implica que son los públicos los que exageran la disputa. Los públicos objetivados como actores sociales de índole social o político.

Esto supone que la lógica interpretativa se aposenta en los diferentes ámbitos de la vida social. Aquí la posibilidad de que una disputa simbólica se transforme en disputa política se ubica en el nivel de involucramiento que los públicos tienen con las cosmovisiones y sus objetivaciones. Esto es, que la transformación está brindando una propuesta más, después de largos periodos de intercambio simbólico. Después

de conversar y conversar sobre lo conversado, las estrategias colectivas han derivado en nuevas propuestas o transformaciones de las prácticas culturales.

Es en este punto que la disputa se torna política, y es aquí en donde inicia la función de los medios de comunicación. En este punto el movimiento social de los públicos se caracteriza, pudiendo surgir un movimiento social como tal. La caracterización se realiza desde la disputa política, que siempre tiene un referente ubicable en algún conflicto social específico. El movimiento social, si surge, tendrá actores concretos, demandas específicas y acciones o estrategias definidas en un plan programático. Claro que esto ocurre después de una oportunidad política, pero lo que se gesta, bajo la apariencia de un movimiento social definido, es en realidad una disputa simbólica anterior, antigua e incluso ancestral (Moscovici, 1996).

Después de concluido ese momento del proceso, el movimiento social específico culmina, pero el movimiento de transformación de los públicos, sólo pasa a otro estadio. La disputa simbólica se reedita en la cotidianidad. La pugna se aposenta nuevamente en el terreno de la vida privada de los seres y nuevamente se cuestionan y dirimen las contradicciones o polémicas en torno a las prácticas culturales.

En este sentido, los medios de comunicación, la opinión pública y el aspecto político de los movimientos sociales, siendo muy atendidos por los científicos sociales, no ubican la temática de fondo del proceso de transformación cultural.

La propuesta entonces es analizar desde la vida cotidiana el transcurrir de los públicos. Hay una dimensión histórica, que importa en tanto brinda elementos de comprensión a las disputas vigentes en la actualidad. Cabe aclarar que un factor importante, para esta perspectiva es el identificar los contenidos de la disputa simbólica, que en la cotidianidad están oscurecidos por la concreción de la misma.

Es necesario develar lo que da sustento y define a una cosmovisión, en términos de su pensamiento y de su afectividad colectiva, para constatar que las disputas simbólicas de todos los días, en la casa y la calle, entre amigos y conocidos, etcétera, están permitiendo la reconstitución de los públicos.

CONCLUSIONES

Lo propuesto en el presente trabajo supone una visión comunicativa de la sociedad, que desde luego asume que la realidad se construye de manera comunicativa. Sin embargo es importante insistir en que esta construcción no es racional y no se nutre del pensamiento lógico. La construcción que ocurre en el proceso de transformación social, derivada del movimiento social de los públicos, es una construcción intersubjetiva, en la que la afectividad colectiva tiene un papel central.

Los temas a incluir en un análisis, desde la perspectiva aquí expuesta son ubicables en diferentes ámbitos y dimensiones. Éstos van desde la vida cotidiana hasta las disputas que se ubican en el terreno de la opinión pública, desde las prácticas culturales objetivadas en diferentes momentos históricos de la sociedad y, por supuesto, hasta la exacerbación de las disputas que se aprecian en los movimientos sociales.

Entonces, la perspectiva aquí planteada propone el análisis de la vida cotidiana, desde la identificación de las contradicciones que se objetivan en disputas cotidianas. En un primer momento será necesario identificar las creencias y los valores que se ubican justo en la base de tales disputas, asumiendo que los ámbitos de la vida cotidiana en los que se manifiestan pueden ser todos. Esta perspectiva asume que el escenario es menos importante de lo que se ha pensado. Esto porque la lógica interpretativa de base se objetiva en prácticas culturales en toda la vida social, desde la familia, la escuela, la calle, el trabajo, la discusión institucional, etcétera.

También propone que, identificadas las disputas, se realice una labor teórico-reflexiva que permita dilucidar el proceso de transformación que enmarca las disputas simbólicas. Esto, por supuesto, implica una ardua labor en el terreno de la afectividad colectiva y del pensamiento colectivo, ubicado en el transcurrir de la sociedad.

Además, desde esta visión procesual, es importante identificar los momentos de exacerbación de las disputas simbólicas y su trastrocamiento en disputas políticas. Aquí es posible abordar los intercambios de lo simbólico y lo político de la sociedad en su conjunto. Evidentemente un elemento sustancial es el que representan los movimientos sociales. Pero no sólo ellos, sino el papel jugado por los formadores de la opinión y la manera en

que los contenidos de la opinión pública magnificados, han contribuido a la pugna y a la polémica.

Un concepto central en todo este panorama lo representa el conflicto social, que para el interés de este trabajo, requiere ser caracterizado como conflicto simbólico intersubjetivo, extrayéndolo del ámbito de lo concreto (los actores políticos y sus pasiones personales), para ubicarlo en el plano intersubjetivo.

Estudiar la transformación cultural como el proceso posibilitado por el movimiento social de los públicos es fundamental para comprender el aquí y ahora. Si bien se trata de una tarea eminentemente reflexiva, su relevancia se ubica en la manera en que la gente piensa y se piensa y en la forma en que la gente siente y se siente. Entonces, toda acción colectiva es la expresión de un público que expresa básicamente el sentido mismo que lo hace ser un público, el reconocimiento de un nosotros.

FUENTES CONSULTADAS

- BOUTHOU, G. (1974). *Las mentalidades*. Barcelona: Oikos-Tau.
- ELSTER, J. (1995). *Psicología política*. Barcelona: Gedisa.
- ESCALANTE, P., Gonzalbo, P. et. al. (2010). *Historia mínima de la vida cotidiana en México*. México: El Colegio de México.
- FERNÁNDEZ, P. (1994). *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Barcelona: Anthropos.
- FUNES, M. (2011). *A propósito de Tilly. Conflicto, poder y acción colectiva*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- HALBWACHS, M. (1925). *Les Cadres Sociaux de la Mémoire*. París: PUF.
- HELLER, A. (1988). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- LE BON, G. (1901). *Psicología de las multitudes*. México: Divulgación.
- (1912). *Las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*. Madrid: Daniel Jorro.
- LORENZO, C. P. L. (2004). *Fundamentos teóricos del conflicto social*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- MOSCOVICI, S. (1996). *Psicología de las minorías activas*. Madrid: Morata.
- SLOTERDIJK, P. (2002). *El desprecio de las masas*. Valencia: Pre-Textos.
- TARROW, S. (1997). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Universidad.

